

BRASIL POTENCIA

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, periodo septiembre 2012- febrero 2013, pp. 141-144

John Holloway

Profesor investigador del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
johnholloway@prodigy.net.mx

Fecha de recepción: 1 de noviembre de 2012

Fecha de aceptación: 2 de diciembre de 2012

Empiezo con la dedicación que hace Raúl en la página 24 del libro, terminando la introducción, porque siento que expresa exactamente lo que hemos aprendido a esperar de él: “Este libro está dedicado a lo nuevo que está naciendo en América Latina, a todos esos movimientos y acciones de rebeldía contra las nuevas formas de opresión como la minería, los monocultivos, las grandes represas... y los nuevos imperialismos”.

Es un punto de partida que comparto totalmente y que imagino que todos los que estamos aquí compartimos. Esta discusión la dedicamos pues a lo nuevo que está naciendo. Ponemos la rebeldía, la inconformidad, la ruptura, el nacimiento de una otredad nueva en el centro y decimos que hay que pensar nuestro quehacer científico a partir de ahí.

Nuestra rebeldía es una rebeldía-contra, contra la opresión, contra la dominación. Es necesario mirar al enemigo, al amo, tratar de entender cómo funciona, cómo se va cambiando, desenmascarar su fachada de bondad. Pero existe el peligro de que cuando nos enfocamos en el amo vemos nada más la dominación, y la rebeldía que era nuestro punto de partida empieza a tomar un lugar secundario en el análisis o a desvanecer totalmente. Empezamos a ver el mundo como un mundo de dominación y no como un mundo de lucha, empezamos a entender la historia como la historia de los dominantes y, por lo tanto, empezamos a constituirnos a nosotros como

víctimas. Surge entonces una contradicción entre nuestro grito de rebeldía inicial y nuestra reflexión teórica: empezamos como sujetos, pero cuando nos vemos en el espejo de la reflexión teórica nos percibimos a nosotros como objetos, como víctimas. Esto puede tener consecuencias graves, incluso podemos derrotarnos a nosotros mismos.

Siento que esto es lo que pasa en el nuevo libro de Raúl. Su punto de partida es el de siempre, la rebeldía, pero decide enfocarse (por primera vez) en el enemigo, en la dominación, en este caso en la emergencia de Brasil como nueva potencia imperialista. El problema es que toma como cuadro de referencia una teoría de dominación, una teoría que presenta la historia como un proceso constante de reacomodo entre los grupos dominantes y que nos constituye a nosotros como víctimas, objetos de la historia. Asume como su marco teórico la perspectiva del sistema-mundo, una perspectiva que entiende la historia en términos de los reacomodos a largo plazo de los grupos dominantes y, especialmente, de los diferentes Estados o partes del mundo. Su argumento es que en la actualidad estamos viviendo un reacomodo de este tipo, con el declive de la hegemonía de Estados Unidos y el surgimiento de otros poderes, es decir, en el caso de América Latina, el surgimiento de la hegemonía de Brasil. Plantea que “la región está viviendo su tercera transición hegemónica que va a reconfigurar completamente los escenarios locales y sus relaciones con el mundo” (19). Quiere entender los riesgos y las oportunidades que se abren “para los sectores populares que deben enfrentar una realidad cambiante”. Los sectores populares no constituyen esta realidad, la tienen que enfrentar: la realidad se hace independientemente de ellos.

El hecho de enmarcar la rebeldía dentro de una perspectiva que no tiene cabida para ella o, en el mejor de los casos, la incluye como nota al pie, tiene consecuencias para el libro, al menos en dos sentidos.

La primera consecuencia es que el libro es un poco deprimente. Todo lo que dice sobre la emergencia de Brasil como potencia global es muy interesante, pero las luchas, aunque están presentes en el análisis, ocupan un lugar secundario hasta el último capítulo y cuando llegan al centro de la discusión, presentan un panorama desolado. El MST ha perdido su fuerza ante el auge del capitalismo brasileño y, en general,

[...] tampoco tengo dudas de que la inmensa mayoría de la población pobre, el sector que constituye la base social de los movimientos antisistémicos, está optando por mejorar su vida en las relaciones de mercado y con el apoyo del Estado, es decir, con trabajo asalariado y políticas sociales, y no organizándose a luchar como sucedió hasta ahora. Ante esta profunda corriente histórica, el voluntarismo poco puede hacer, lo que no quiere decir que deba aceptarse sin más, sin ofrecer resistencias y buscar alternativas (273)

Esta es una conclusión importante que habría que discutir, pero mi pregunta sería sobre la relación entre esta conclusión y la perspectiva teórica de la teoría del sistema mundo (que resuena en su frase “ante esta profunda corriente histórica”).

Otra consecuencia, que es otro aspecto de lo mismo, es que el libro le atribuye al ascenso de Brasil como potencia una solidez que, me parece, no merece: dice que es un “proceso irreversible” (18), y en realidad creo que es algo mucho más frágil. Pero, para explicar esto, tenemos que explorar otras formas de enfocar el enemigo, mirar la dominación contra la cual nos rebelamos.

Para ser dignos de nuestro punto de partida, de nuestra rebeldía, necesitamos no una teoría de la dominación sino de la fragilidad de la dominación, es decir, de la crisis de la dominación, y necesitamos entender que nosotros somos esa crisis. Tenemos que entender que nuestra rebeldía, o nuestra insubordinación, no es algo externo a la dominación, sino algo que se mueve en-contra-y-más-allá de la dominación, es algo que se mete como un gusano dentro de la dominación y constituye su crisis.

En otras palabras, necesitamos un concepto del capital; del capital no como cosa, ni como relación de dominación, sino como relación antagonica. El concepto del capital implica que la dominación tiene una dinámica que choca, inevitablemente, con nuestra insubordinación, nuestra humanidad, nuestra condición de no ser robots, y este choque produce una tendencia a la crisis que ya está inscrita en el concepto mismo del capital. Enfocar la dominación a través de este concepto es tratar de entenderla como dominación-en-crisis. Esto es lo que falta totalmente en el análisis de Raúl: la crisis.

Y esto es lo que no me convence totalmente del análisis que hace del auge de Brasil. Hace abstracción del hecho de que el capital mundial está en una crisis profunda. Analiza a Brasil como si fuera posible separar a un país del resto del mundo y tratar al capital invertido en Brasil como capital brasileño. En realidad, el capital no tiene nacionalidad, se mueve a donde tiene las mejores posibilidades de atraer ganancias y expandirse. Este es siempre el caso, pero está exacerbado por la fluidez del capital en la crisis actual, que está caracterizada por una masiva incapacidad de subordinar al mundo a un grado necesario para producir la plusvalía que dé sustancia real a la cantidad de capital ficticia que existe en forma de deuda. Entonces la existencia de Brasil como potencia capitalista no tiene la solidez que le atribuye Raúl, simplemente quiere decir que allí existen, en este momento, condiciones particularmente favorables que hacen de Brasil una opción especialmente atractiva para la inversión del capital (venga de donde venga), una opción atractiva entre muchas otras. Este poder de atracción se puede perder muy fácilmente. En Sudáfrica, por ejemplo, un país que se puede ver como la potencia emergente en África, una ola enorme de huelgas, en los últimos meses, está ahuyentando al capital y poniendo en riesgo el estatus del país como opción preferida para la inversión del capital.

Tener un concepto del capital como relación mundial antagónica es necesario para entender lo que Sergio Tischler llama el “flujo social” de la rebeldía, que es un flujo mundial. La rebeldía hace erupción en un lugar, desaparece, reaparece en otra parte del mundo, fluye, se para, hace erupción otra vez. El capital que ingresa a Brasil y hace posible que la gente busque soluciones de vida dentro del sistema es el mismo capital que está saliendo de España, Italia y Grecia y haciendo imposible que la gente ahí encuentre soluciones dentro del sistema. Puede ser que el MST esté perdiendo fuerza ante el ingreso del capital, pero por el mismo movimiento del capital, las luchas anticapitalistas están tomando fuerza en otras partes del mundo. Si vemos lo que implica la expansión enorme de la deuda a nivel mundial y lo que implica por la estabilidad del sistema, está claro que, a pesar de todas las dificultades, el único camino hacia delante es el camino, o más bien, son los caminos de la lucha anticapitalista. En eso, lo sé, Raúl y yo estamos totalmente de acuerdo.